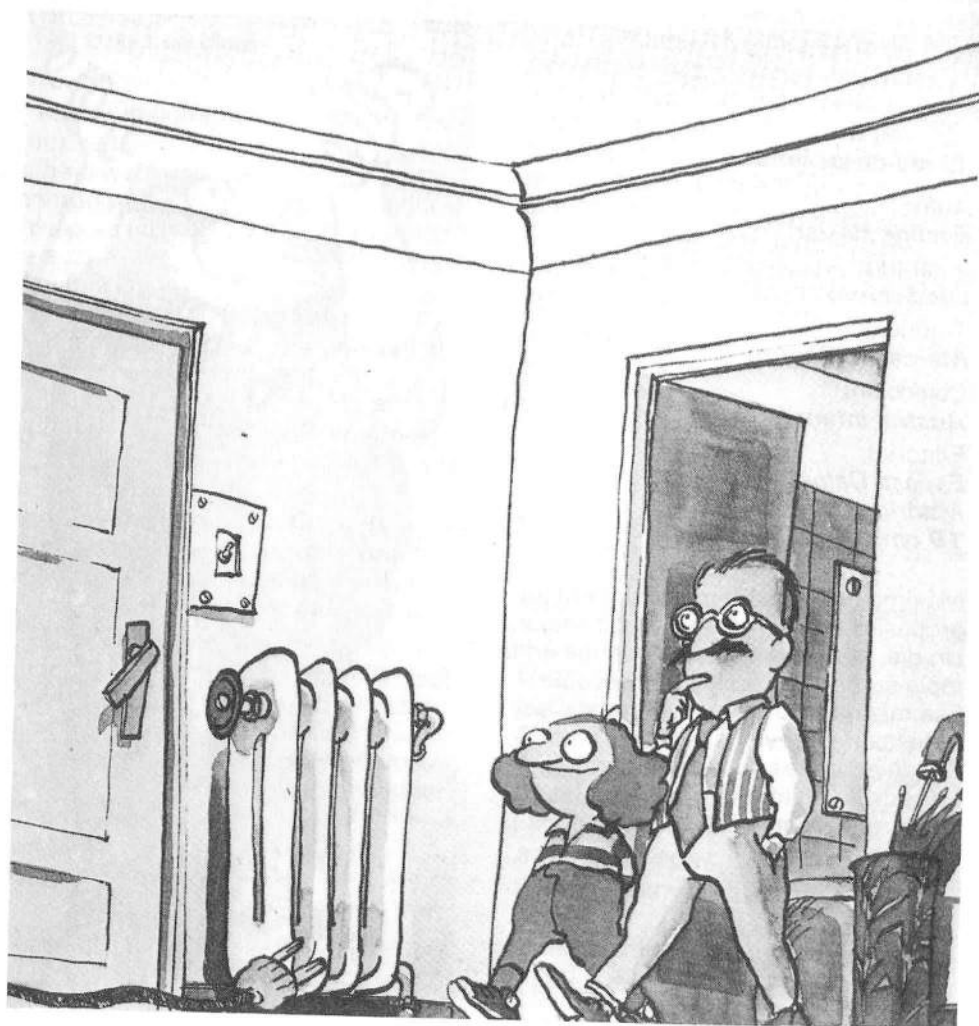


Joma: No sólo un ilustrador

Josep María Rius es un hombre que crea libros para niños. Un hombre que a través del libro expresa sus «ideas» y que no se siente escritor o ilustrador, sino eso: creador de libros. Joma, que así le gusta que le llamemos, ha querido dedicarnos un poco de su tiempo.

“Ante todo mi agradecimiento por el interés que habéis demostrado por mi trabajo al solicitarme que responda estas preguntas. Tomad mis respuestas con el máximo de relatividad, puesto que no quisiera sentar cátedra en ningún caso. Y hasta puede que al final resulten algo contradictorias ya que dudo que en muchos casos existan soluciones o actitudes únicas ante la complejidad de cualquier asunto.”



P.— Hay algunas cuestiones en el campo que nos ocupa que no han dejado de preocuparme. Algo que ya he preguntado a otros colegas tuyos es: en la ilustración de un libro para niños, ¿qué papel juegan las «técnicas» y qué papel juega la creatividad?

R.— En la ilustración de un libro para niños y en cualquier otra actividad «artística» las técnicas sin creatividad sólo sirven para demostraciones tipo «Feria de Muestras». No creo que sólo con la técnica se vaya a ninguna parte. No obstante el dominio de la técnica permite expresar ideas, que de otro modo jamás irían más allá del cerebro de su creador. La seguridad en las posibilidades de ejecución permite ser más especulativo con el pensamiento. Es algo así como lo que ocurre con el dominio del lenguaje.

P.— Tu trabajo en el mundo gráfico comienza con las revistas de humor para adultos. ¿Cómo fueron aquellos comienzos tanto en el plano personal como en el profesional?

R.— El humor es un modo de explicarse el mundo. De relativizarlo, sobre todo. Y hay mucho por relativizar en las relaciones entre adultos y, sobre todo, entre los adultos y los demás.

P.— Creo que trabajabas en «El Papus» cuando se produjo el atentado que todos recordamos. ¿Qué supuso para todos vosotros y para ti en particular aquella experiencia?

R.— Como experiencia fue amarga y por otro lado absolutamente inútil en sus pretensiones. El vivirlo personalmente supongo que me permitió fijar de algún modo mis recuerdos en aspectos físicos tangibles. Y, aunque parezca un contrasentido, fue como un calmante.

Algo que permitía apartar la mirada y olvidar. Es difícil de explicar.

P.— En tu trabajo para las revistas de humor, ¿eres creador de texto e imagen?

R.— En los chistes la idea se expresa en el dibujo y el texto como un todo único. Es difícil, si no se es dibujante, imaginar situaciones «dibujables», al menos no-realistas. Suelen ser obras de una sola persona.

P.— ¿Cuál fue el motivo del salto a los libros para niños?

R.— Yo no hablaría de saltos. Fue la necesidad de ensanchar el abanico. Tener ganas de contar historias que por su formato escapaban también a la concepción de las revistas de humor. Al menos de las que disponíamos. Yo planteo mis libros —al menos ésta es mi pretensión— de un modo similar al de los chistes gráficos. Acaricio primero una idea global que se expresa con dibujos, sobre todo, pero también con textos. Y, siendo sincero, uno piensa más para sí mismo que para los niños.

P.— ¿Fue difícil tu inclusión en este campo? ¿Los editores se muestran abiertos a quien llega por primera vez con sus obras?

R.— A mí, personalmente, me ha sido fácil. Pienso, no obstante, que hay una cierta inercia a mirar con recelo aquello que no se acaba de ajustar a los modelos más usuales. Hay un gran conservadurismo.

P.— ¿Desde el principio has hecho el texto y las ilustraciones de tus libros para niños?

R.— Así ha sido en la mayoría de los casos. También he ilustrado textos de Mark Twain, Pere Calders, Teresa

Durán, Joanot Martorell y algún cuento anónimo tradicional.

P.— ¿Realmente te sientes con la doble aptitud y deseo de escribir e ilustrar los libros que preparas? ¿O tienes la opinión —como algún compañero tuyo— de que es difícil sintonizar con los escritores y por esa razón creas tus propios textos?

R.— Supongo que «sintonizar» con los escritores será más o menos difícil según el caso. Pero no creo que este factor justifique el ponerse a escribir. Para ponerse a escribir, uno debe tener historias que contar y ganas de hacerlo. Entonces deberá contar esas historias. A partir de aquí pueden darse varios supuestos: que el dibujante cuente historias usando como elemento narrativo los dibujos exclusivamente, sin ponerse, por tanto, a escribir; que se sirva para contar historias de unos textos y unos dibujos pensados conjuntamente, de modo que se complementen; o que un dibujante utilice como materia prima para su trabajo sus reflexiones acerca de la lectura de un texto escrito previamente por otra persona y que le permite explicarse a sí mismo, en cuyo caso la edición en un mismo objeto contenedor (el libro) de ambos materiales dará como resultado algo «forzosamente distinto» a otro hipotético libro que sólo tuviera el texto, o bien un tercero que reprodujera el mismo texto y el trabajo de otro dibujante. No hay, por tanto, doble aptitud, sino una intencionalidad única.

P.— Ha llegado hasta nosotros un ensayo de reciente aparición del que casi estamos obligados a hablar. Dice Lolo Rico en su obra —autora ella misma de libros para niños— que la llamada «literatura infantil» no es tal, sino más bien un montaje comercial que está dando cuantiosos



beneficios al sector editorial. Tu trabajo para niños ¿lo consideras como el trabajo de un escritor, con auténtico valor literario, o un instrumento más de entretenimiento como muchos de los que caen en manos de nuestros niños: muñecos, puzzles, video-juegos...?

R.— Quizás ya haya contestado a esto en mi anterior respuesta. Mi trabajo jamás ha sido el de escritor, y no creo que pueda analizarse desde una óptica exclusivamente literaria. Mis historias han tenido siempre desde su concepción una idea gráfica concreta. Nunca he escrito unas líneas sin desear dibujarlas. Me siento incómodo cuando leo aquello de «ilustraciones del autor». Me parece una estupidez. En caso de duda preferiría «textos de autor». Sobre el ensayo de Lolo Rico no te puedo comentar, porque no lo he leído. Pero por descontado que este «boom» de **Libros para niños** —que no literatura infantil— es un montaje comercial. Se producen infinidad de objetos de consumo rápido bajo el formato de libro ilustrado. En muchos casos con historias gráficamente imposibles y con un exceso de imágenes gratuitas.

P.— Si dura es la crítica que la autora hace de los textos para niños, no lo es menos la que hace de las ilustraciones. ¿Qué valor otorgas a las ilustraciones de tus libros? ¿Un texto literario precisa de las ilustraciones? ¿O lo necesitan las editoriales para vender mejor su producto?

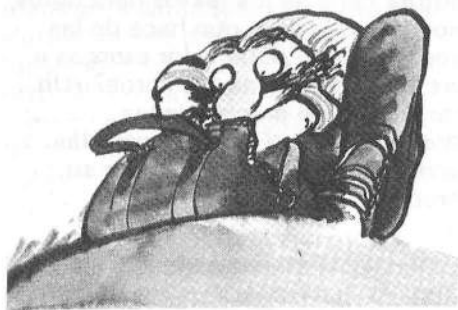
R.— Sobre mis libros creo que la metodología que he expuesto ya nos sirve. No quisiera valorarlos yo personalmente. En cuanto a «necesidad» se refiere, un texto que se explique a sí mismo —no funcional—, que esté concebido para ser leído sobre cualquier soporte, no precisa,



necesariamente, ninguna ilustración..., ni cubiertas, ni, si apuramos mucho, papel. Pero creo que una buena narración es un excelente «sugeridor» de imágenes. Al menos tantas como ideas, reflexiones y sentimientos sea capaz de generar en sus lectores. Y no veo ningún problema a su difusión conjunta. Los códices miniados son anteriores a la imprenta. Y los propios signos del alfabeto, como abstracciones que son, provienen de imágenes. Una cosa es un texto y otra un libro. Un texto no «necesita» ilustraciones. Un libro «puede» reunir varios discursos.

La tercera parte de la pregunta tiene su fondo real. Hay una moda, unas necesidades de mercado. Libro y literatura no son sinónimos, como tampoco lo son artes gráficas y dibujo o pintura.

Nadie diría que ilustra un árbol de Navidad: todos estamos de acuerdo en que los árboles se «adornan». Pues bien, hay muchos libros «adornados». Lo que suele ocurrir en estos casos es que tampoco contienen literatura.



P.— Las ilustraciones para niños, ¿son distintas de las destinadas a los adultos? ¿Hay un tratamiento distinto en tus dibujos cuando son para un diario o revista que cuando van a ser editados con destino a los pequeños?

R.— Hay al menos diferencias derivadas del tratamiento que imponen los sistemas de reproducción (blanco y negro, color, formatos, tipos de papel) y de los recursos en sí: un chiste, un cartel, una cubierta, una seriación de 24 ó 34 páginas (un libro), son leídos de distinto modo y en tiempos distintos.

P.— Aunque pueda estar contestado, me gustaría que nos dijese: cuando se da la colaboración entre un escritor y un ilustrador, lo primero suele ser el texto y sobre él se elaboran los dibujos. ¿Ocurre en ocasiones al revés? ¿O, en cualquier caso, sería deseable para el ilustrador que fuese al revés?

R.— En el caso que me expones me parece dudoso que se de tal «colaboración». Lo que no impide que pueda haber buen entendimiento, amistad, e incluso pasión. Tampoco la habría con los términos invertidos. Hay colaboración cuando se trabaja de común acuerdo sobre una idea con el deseo de convertirla en libro ilustrado. Y ahí aporta uno su capacidad de escribir y el otro la suya de dibujar. y aún nos faltaría el que aporta sus conocimientos sobre el soporte: el grafista. Y el trabajo de los tres daría el libro. Esto desgraciadamente sólo se produce cuando al menos los dos primeros papeles se dan en una misma persona. Por descontado, hay excelentes libros ilustrados, la mayoría que han nacido de una narración preexistente. Pero es facultad de los libros reunir trabajos realizados en tiempos distintos. Yo estoy convencido



que un buen libro ilustrado es como una tertulia en la que uno cuenta algo y va el otro y dice: es verdad, pero... Y los comentarios de uno y otro no se estorban, sino que se alimentan mutuamente. Y esto, que en una tertulia ocurre en un tiempo real igual para todos, en el libro tiene la maravillosa posibilidad de reunir «vueltas sobre lo mismo» dadas por contertulios en tiempos distintos—incluso póstumos—. Es, o debería ser, especulación, guiños, codazos, y, por qué no, polémica. Creo que el libro ilustrado es una posibilidad de diálogo apasionante.

P.— Hablemos por último, no de tu obra, sino de ti. Para alguien como tú que ha estudiado Diseño Gráfico en

la Escuela de Artes Aplicadas y que se ha licenciado en Ciencias de la Información, el trabajo de escritor y dibujante ¿es el cénit de las aspiraciones profesionales?

R.— Por la titulación, y sin ella también, se puede aspirar a infinidad de cosas. Hasta director de cualquier gran diario o agencia de publicidad a lo americano. Si por máxima aspiración profesional se entiende trabajar en aquello que uno desea, entonces mi trabajo es uno de los mejores posibles. Claro está, para mí.

*José Antonio
Camacho Espinosa*